

LAUS BOLETIN DEL ORATORIO DE ALBACETE

N.º 95-96

ABRIL - MAYO

1971

FE: MISTERIO ABIERTO

Si escrutáramos las páginas de la Biblia, encontraríamos, más de mil veces, el reclamo de una palabra que podría traducirse por "conversión"; por conversión conectada con la fe, por conversión no como algo que se alcanza y se guarda, sino como algo que se inicia generosamente y se mantiene en crecimiento, que esto es fe viva. Por este motivo, también el tiempo pascual es una exhortación a la conversión: bastaría un repaso a las reacciones de las figuras del Nuevo Testamento en su relación con Cristo Resucitado, para que nos diéramos cuenta de un crecimiento en la fe que no se detiene y que sabemos que no cesó en su expresión hasta la entrega de la misma vida por la fe en Cristo Resucitado, con un ardor y una serenidad que nos acostumbramos demasiado a justificar como carisma especial y necesario en los comienzos de aquella Iglesia incipiente, pero ya hoy menos urgente. Distinción inapropiada, porque no es lícito medir de manera tan humana y oportunista la acción transformadora y sobrenatural de la obra de la Redención; medirla así es alejarla, contemplarla de lejos, pero no es aceptarla en la vida, vivirla. Contemplamos la obra de Cristo como un ciclo cerrado con el último, temporalmente, de sus misterios catalogados—... muerte, resurrección, ascensión—. Pero Cristo es, en el mundo, no una cadena de misterios que se cierran o un gran misterio cerrado, sino un misterio abierto; todavía abierto hasta que alcance aquella adultez, aquel ser completo, como de hombre perfecto—son expresiones de San Pablo—con la humanidad entera.

La fe no se reduce a un acto de "aceptación" intelectual o hasta de adopción de conducta; la fe implica una constante "conversión", sin la cual no puede llamarse con propiedad "fe viva", tal como la entiende la tradición cristiana. La fe implica una penetración y transformación de toda la vida, ni siquiera sólo un momento cumbre de la vida, porque la vida, es algo entero, sin cumbres fuera de su misma integridad. En la vida, la conversión, es el primero y el último acto del fiel, el estado permanente en el cual debe encontrarse con respecto a Cristo, que exige, cuando interpela al hombre, una respuesta sin

dilación, una docilidad inmediata, una entrega total e incondicionada, plena en sinceridad, y una irreversibilidad que se enfoca hacia lo eterno. Es decir, se trata de una exigencia espiritual a la que es imposible renunciar y que supone la continua lucha por evitar el cisma entre Dios y el hombre.

Alianza, señal, sacramento, misterio... Todas estas y parecidas palabras se aplican, en la Escritura, al encuentro entre Dios y el hombre por medio de la vida penetrada de la fe. Por esto, en la vida, no se acaba nada de lo que nos une a Dios, porque, a través de Cristo, cada vez más, permanece abierto el misterio de la reconciliación, de la redención y transformación de la humanidad, cuya meta prefigura Cristo Resucitado, que no es solamente finalidad, sino principio activo para su logro: misterio abierto.

SANTO DE PASCUA

Ningún otro tiempo litúrgico está más cargado del misterio de Cristo que el consagrado a la Pascua. Y porque los santos son siempre un milagro de este misterio, nos complace que, cada año, la celebración de San Felipe Neri, nuestro santo Padre y Fundador, recaiga en el período pascual, como otro fruto y ejemplo de la virtualidad del misterio cristiano en el mundo.

La suerte del mundo y de los hombres, no está en que se declaren cristianos o anti-cristianos, sino, principalmente, en no traicionar el principio de sinceridad y de honradez que hace posible todo lo positivo de la vida. Los santos han comenzado siendo profundamente honrados y sinceros. "Yo soy la Verdad, y el que me sigue...", decía Cristo, que habló para los sinceros.

Hacer la vida sincera, y sincera con la fe en el alma, es transformar la vida, transparentar a Dios. "El que me ve a mí, ve al Padre...", y el que ve a los santos, ve a Cristo.

Los santos han desconocido la fe como refugio, o como solución, y mucho menos como decoración. La fe, para ellos, fue un no volver el rostro a Dios y, luego ver y mirar las cosas con el sentido de Dios. Se elevaron y elevaron el mundo. Asumir el mundo, sus vida con todo el racimo que la envolvía, y restituirse y restituirlo todo a Dios.

A veces, los que decimos que tenemos fe, miramos a Cristo y a los santos, como si ellos ya lo hubiesen hecho todo y como si todo lo debiéramos esperar de su misericordia o de su intercesión, para lo cual nos basta ser un poco "buenos", a fin de merecerlo. Pero la prevalencia de esta actitud no deja de constituir una interferencia pagana y egoísta o una falsificación de la fe. Si alejamos su paralelo de nuestras vidas, esto no es fe. La fe es inserción de mente y de vida en Cristo para, desde esta inserción, asumir y elevar y elevarnos con todo y todos hacia Dios.

Para lo cual hace falta mucha sencillez, mucha sinceridad y mucha generosidad: que es el ejemplo que nos queda de los santos.

FLORENCIA, CIUDAD DE SAN FELIPE



Las palabras que siguen pertenecen a un gran florentino contemporáneo nuestro, Giovanni Papini, amigo del Oratorio y admirador sincero de nuestro Santo.

Aunque San Felipe haya abandonado Florencia entre los diecisiete y dieciocho años, y no volviera a poner su pie en ella, su naturaleza de muchacho florentino, y hasta diría mejor, de muchacho del barrio de Oltrarno, le acompañó siempre, hasta los ochenta años. No importa que lo llamen «el apóstol de Roma» y que como tal sea venerado, ni que sea un santo universal querido por todos, incluso por los luteranos, pero el hecho es que él debe su originalidad, su fisonomía reconocible entre todos los santos del mundo, merced a la huella indeleble a su nacimiento florentino.

Ningún santo ha reído y ha conseguido comunicar su risa a los demás tanto como él, al que se puede aplicar con justeza la

famosa definición dantesca: «florentino, alegre y bizarro». En San Francisco de Asís se da la alegría serena ante las bellezas del mundo, pero no la jocosidad natural. el chiste que mezcla la amabilidad con la burla acertada, la casi necesidad de la broma y el juego que en San Felipe se transforman en instrumento de apostolado y de conversión por un milagro de la gracia.

San Felipe se nos representa como un muchacho alegre y festoso de la Florencia del Renacimiento que, por medio de un amor sin medida profesado a Cristo, se eleva hasta los vértices de la santidad, sin necesidad de abandonar lo que en parte siempre seguirá siendo: un chico jovial, agudo, como los del barrio de aquella orilla del Arno florentino; pero inocente, límpido de toda baja escoria y plebeyez, transfigurado por el fulgor de Cristo, tanto como para merecer ser elevado al honor de los altares.

También nos conducen a relacionar el florentinismo de San Felipe, entre otras predilecciones suyas, la tenaz admiración que profesaba por Savonarola; su predisposición para escribir poesías —que sabemos escribió muchísimas, aunque nos quedan solamente un par de ellas—; el gusto por la música (Floencia había sido la patria del nuevo estilo madrigalesco y estaba por convertirse en la cuna del melodrama), que dio origen a las composiciones musicales que han pasado a la celebridad con el nombre de **Oratorios**, incluso entre los profanos; su predilección por el pensamiento platónico que precisamente en Floencia había resucitado un siglo antes y que aún se mantenía vivo en el alma de Buonarrotti; y finalmente hay que decirlo, el carácter democrático de la constitución del Instituto por él fundado.

Todo lo cual nos recuerda su patria, jamás olvidada: nuestro santo pone en evidencia, nuevamente, por si pudiera hacer falta confirmarlo, que las impresiones recibidas en la adolescencia son las que se graban y perfilan el colorido de toda la vida.

Floencia ha dado no pocos santos a la Iglesia, pero nuestro Felipe Neri es el que más resplandece, a través del tiempo y por el consentimiento de los pueblos. Y por esto estimo que nos sea lícito a nosotros, los florentinos, recalcar su «florentinidad», que no atenta, de ninguna manera, a la «catolicidad» igualmente reconoci-

da; catolicidad apoyada no solamente en la majestad romana, la inteligencia griega y la especulación germana, sino también en el sabor invisible pero presente de la sal toscana.

De los florentinos antiguos y genuinos heredó la inclinación a la sencillez de la vida: casi por fuerza fue ordenado sacerdote cuando contaba ya treinta y seis años, y rehuyó siempre la dignidad cardenalicia repetidamente ofrecida. Pero desde este ideal de vida refugiado en la modestia, supo elevarse aún más alto, hasta aquella humildad casi paradógica, pero común en los grandes santos, que le hacía exclamar, en los últimos años, que era ya tiempo de comenzar a hacer algo bueno y que debía cambiar de vida. Palabras de aquella boca, proferidas en el lecho de muerte, con tal sinceridad que provocan el llanto.

¡Oh querido y cándido San Felipe!

Siempre me parece contemplarlo como lo describió admirablemente uno de sus discípulos, Juvenal Ancina, en 1575, todavía viviente el santo: «Es un anciano bello, limpio, completamente blanco, parecido a un armiño; sus miembros se mueven con amabilidad y pureza, y cuando levanta la mano a la luz del sol, se transparenta como el alabastro». Y del mismo modo traslucía al Sol sin ocaso de la luz de Cristo, su alma amorosa y encendida, purísima aún entre las chanzas, santa en medio de las contrariedades.

Nada, y menos la Iglesia —porque su esencia es espiritual—, puede ser transformado desde fuera. No los que la miran y juzgan, tanto si la defienden como si la censuran. podrán hacerla mejor o peor; sino los que, dentro de ella, prescindiendo de contagios externos y apoyándose en su parte más pura, se identifiquen con el espíritu de Cristo. Que es lo que hicieron los santos.

SAVONAROLA

Todos los biógrafos de San Felipe consignan el afecto que sentía por los frailes dominicos en general, tan patente en diversos pasos de su vida, y el particularismo que profesaba a Savonarola, el célebre prior de San Marco, que había conmovido la vida entera de Florencia desde que puso el pie en la ciudad, en 1482, hasta su muerte acaecida dieciséis años más tarde. Muerte a la que había precedido la excomuni6n lanzada por un papa sacrílego, Alejandro VI, el cual, según Machiavelli (*Principe*, cap. XVIII) "no hizo ni pensó jamás en otra cosa que en engañar a los hombres". Alejandro VI había ofrecido el cardenalato a fray Girolamo Savoranola si consentía en ciertas gestiones políticas respecto a la rivalidad entre la coalición papal y Carlos VIII de Francia, que significaban prácticamente la pérdida de la independencia de Florencia frente a los Estados Pontificios. Savonarola respondió: "No quiero divisas rojas a no ser la de la sangre misma del martirio". Y la muerte le llegó, tal como la había presentado. Antes de la ejecuci6n, el legado papal, mientras le degradaba de su condici6n de clérigo, le dijo: "Yo te separo de la Iglesia de Dios, de la militante y de la triunfante"; pero con serenidad corrigió Savonarola: "De la militante podéis hacerlo, pero excluirme de la triunfante no corresponde a vos".

Quemado su cuerpo después de muerto, fueron esparcidas sus cenizas en las aguas del Arno. Era el 23 de mayo de 1498.

Diecisiete años más tarde, el 21 de julio de 1515, nacería San Felipe, en una casa de la otra orilla del río, desde donde acostumbraría su mirada a la contemplaci6n, desde el punto más bello, de la ciudad de Florencia, con abajo el río Arno, que él atravesaría por el Ponte Vecchio cada vez que iría a la ciudad desde su barrio tranquilo e iluminado; camino que, recién nacido, hicieron sus padres con él en brazos para llevarlo hasta el baptisterio de San Giovanni, frente al Duomo porque, como buenos florentinos, querían que recibiera nombre cristiano en el mismo lugar donde los hombres más famosos y los más santos de sus compatriotas habían sido bautizados.

El padre de San Felipe —Francesco di Filippo da Castelfranco—, que contaba veintiún años cuando tuvo lugar el dramático proceso de Savonarola, se habría referido muchas veces a él en las conversaciones familiares, durante la infancia y adolescencia de San Felipe. Por otra parte era imposible no recordar aquellos hechos extraordinarios, avivados, a su vez, por la sucesi6n de acontecimientos patentes a todos, como fue, por ejemplo, la restauraci6n de la república en 1528 —Felipe tenía trece años—, en un intento por evitar tanto el envolvi-

miento político del poder papal como el dominio, por otro lado, del omnipotente yugo imperial que pretendía someter toda Italia, incluida, naturalmente, no sólo Florencia sino también los estados del papa. Los florentinos se apresuraron a esculpir el nombre de Jesucristo en el portal del palacio de la Signoria para significar que no aceptaban más dominio, sobre ellos mismos, que el del Señor. Florencia no se resignaba a ser manoseada ni mecida por intrigas de familias poderosas, que lo eran solamente según el beneplácito extranjero o la dureza del despotismo que ejercían, aunque fuese cierto, que excepcionalmente hubieran dado gobernantes beneméritos. Una democracia, una Grecia cristianizada se auspiciaba para aquel pueblo culto, inteligente y refinado, cuna del arte y del esplendor plástico y literario que extendería más allá de sus mismos límites, tan concentrados, y que luego se reconocería universalmente con el nombre de Renacimiento, en las ciencias, en las letras y en las artes, en el concepto mismo de la vida y del hombre, todo ello considerado no como un lujo del progreso económico o de la concentración del poder, sino como el logro de una madurez de la "civiltá", no solamente compatible con el cristianismo, sino estimulado por la dignidad y la libertad que reconoce y defiende en el hombre cuando es fiel al Evangelio.

Pero el resurgir de este ideal duró poco. Expulsados los Médicis de Florencia, seguirían intrigando. Además, dos de ellos habían escalado el papado —León X (1513 - 1521) y Clemente VII (1523 - 1534)— en aquella época en la que la silla de Pedro tenía con frecuencia un aspecto e importancia más bien política que religiosa. A la sazón Julio de Médicis, que había sido cardenal arzobispo de Florencia (1513 - 1523), debido sin duda a su apellido por haber nacido, en dudosa legitimidad, de Juan de Médicis, y ser primo del Papa León X, ocupaba el solio pontificio con el nombre de Clemente VII. El Papa, hábil político, y el emperador Carlos V se pusieron de acuerdo y puede decirse que quedó expresada su reconciliación por la boda de sendos hijos: Alejandro de Médicis —que lo era del primero, según presumen los historiadores— y Margarita, hija natural del emperador. Este, a pesar de la reciente memoria del "Saqueo de Roma" (1527), es coronado por el Papa en Bolonia (24 de febrero de 1530), y seis meses después (12 de agosto), el yerno del emperador, Alejandro de Médicis, podía prepararse para ser insediado como duque de Florencia, porque la ciudad capitulaba ante la perentoria alternativa de ser saqueada o ceder al regreso de los Médicis. Restauración impuesta por la fuerza de las armas extranjeras, que no representó la paz prometida, porque a ella siguió la dureza de la represión sanguinaria y vengativa, a pesar de los pactos estipulados en la rendición. El pueblo florentino, desplazado de toda intervención en su suerte, atemorizado, soportaba la gran desilusión de sus esperanzas frustradas.

San Felipe abandonaría Florencia no antes de últimos del año 1532 y no más tarde de 1533, cuando, camino de San Germán, hacia casa de sus tíos, pasaría por Roma, sin que se hubiesen borrado totalmente de la ciudad las huellas del saqueo de 1527, y cuando todavía ocupaba su sede el Papa Clemente VII, que podía recordar haberlo visto, siendo niño, en la misma Florencia, cuando era arzobispo. Pero eran solamente huellas y recuerdos de los poderosos que no

habían consentido la realización de aquella "utopía cristiana", dos veces intentada y siempre fracasada, en aquella ciudad gentil y noble, de sabios, artistas y santos.

El padre de San Felipe, cuentan los biógrafos, no podía disimular su horror cada vez que la palabra "excomuni6n" era expresada de alg6n modo; sin duda porque le era imposible separarla de aquella pesadilla, no totalmente extinguida, desde que la haba oído proferir, desconcertado, aplicada a aquel fraile austero y santo que deseaba el bien de su ciudad y le ofrecía un ideal que la purificara de sus vicios; un ideal que la gente sencilla y de coraz6n franco acept6 con entusiasmo (Bartolomeo della Porta, Luca y Ambrogio della Robbia, Boticelli, Michaelangelo, Pico della Mirandola...), aunque al herir y dar muerte al pastor se dispersara el rebaño.

SAVONAROLA NO FUE UN POLITICO

Savonarola fue un profeta desarmado, no un pol6tico; los negocios pol6ticos s6lo le interesan de un modo accidental; es m6s místico que pol6tico o, en todo caso meta-pol6tico. Intenta dar un esp6ritu en medio de un estado de corrupci6n instalada; 6l intentaba dar a Florencia un clima moral sin intervenir directamente en los negocios de gobierno, como nunca intervino oficialmente, a no ser requerido para misiones de paz; in siquiera el ofrecimiento del cardenalato le hicieron dudar de su posici6n 6nicamente prof6tica, fiel a un esquema que mantuvo sin alteraci6n, durante todos los aros de su predicaci6n: las reformas deben "comenzar con las cosas espirituales, que est6n por encima de todas las materiales" y por esto deben ser antepuestas y preferidas: "todo bien temporal debe servir al bien moral y religioso porque de 6l depende". El no habría querido que existiese ninguna divisi6n pol6tica, ninguna discordia y, del mismo modo que en sus predicaciones se veían reflejadas las denuncias contra la injusticia de la oligarquía medicea, no dudaría tampoco en denunciar p6blicamente los abusos que cometieran los que se profesaban partidarios suyos, llevados de excesos justicieros, como en el caso de las sentencias de muerte a raiz de la conspiraci6n combinada con el asedio fracasado de Piero di M6dici.

No eran, seg6n 6l, las estructuras temporales las que salvaban a los hombres, sino los hombres verdaderamente libres seg6n Cristo los que debían salvar las estructuras. (Algo parecido a lo mismo que recordaría Balmes, entre nosotros, el siglo pasado). Añadía: "Si habéis oído decir que las ciudades no son gobernadas mediante *padrenuestros*, recordad que 6ste es el precepto de los tiranos, de los enemigos de Dios y de la cosa p6blica, la regla para oprimir y no para liberar y elevar una ciudad".

Políticamente la Rep6blica de Florencia haba perdido su pureza con el advenimiento de los M6dici, que imprimieron un tono autocrático a su política; bajo la cobertura de la prosperidad, con ellos la demagogia substituy6 a la democracia. La voz de Savonarola, no como programa pol6tico, sino como purificaci6n colectiva de las costumbres ciudadanas, si se acomodaban a las ense-

ñanzas del Cristianismo, daría lugar a los intentos de restauración democrática a que nos acabamos de referir.

Como observa Jean Touchard, el carácter espiritual y moralizante de la predicación de Savonarola, desembocaba en consecuencias universales, por lo menos en lo concerniente a Italia. Si en Florencia comenzaba y prosperaba la verdadera reforma, luego se extendería fuera de la ciudad: "Pueblo de Florencia, comenzad la reforma de Italia entera y extenderéis vuestras alas sobre el mundo para propagar, a gran distancia, la reforma de todos los pueblos". Pero este anuncio no podía ser exclusivamente de los florentinos porque, como cristianos, no eran los únicos llamados a profundizar en la propia espiritualización, exhortación constante del Cristianismo.

No es extraño que participaran en estas ideas humanistas como Marsilio Ficino y Pico della Mirandola, sedientos de universalismo.

Frente a las multitudes que es verdad estuvieron arrebatadamente pendientes de él, tal vez no tuvo en cuenta, desde el punto de vista meramente humano, la veleidad de los entusiasmos populares, que si le siguieron en tantas manifestaciones aparentemente sinceras de conversión colectiva y de adhesión constante, luego, en una trágica mezcla de miedo, indiferencia y curiosidad estúpida, asistieron sin protesta a su suplicio. Pero entonces también cabría extender a Cristo parecida imprevisión. Desde lejos había tenido, Savonarola, el presentimiento de su sacrificio y, si pudiéramos entretenernos en el conjunto de todo su papel como predicador florentino, podríamos comprobar sus esfuerzos pacificadores, su dolor cuando no era comprendido su espíritu, su celo por el bien espiritual de los que se habían declarado sus mismos enemigos y muchos detalles que nos descubrirían las angustias de su corazón en lucha con Dios, a través de la oración, en la sinceridad de un intento por ser lo más fiel posible a la recta interpretación espiritual de todo su proceder. "Señor mío, te miro a tí, que eres la primera verdad y quisiste morir por la verdad, y triunfaste muriendo; también yo estoy dispuesto a morir por tu verdad", decía dos años antes de su muerte, y también: "Quisiera refugiarme en un puerto y no encuentro el camino; quisiera descansar y no hallo lugar; quisiera permanecer en silencio y no puedo, porque la palabra de Dios está en mi corazón, como un fuego que me consume si no lo mando fuera". Pedía que le dejaran tiempo para la oración, porque sólo en ella podía meditar lo que el Señor quería que dijese.

El catolicismo liberal del siglo XIX ha querido ver, en Savonarola, al hombre político, paladín y mártir de la libertad y de la democracia, pero un análisis atento de sus predicaciones —afortunadamente conservadas, porque las escribía todas antes de pronunciarlas—, de sus libros y de su proceder, demuestran que los que tal afirman desconocen el sentido que tenía la palabra "democracia" y "libertad" para el famoso dominico y que no tienen bastante en cuenta todo el complejo histórico en que tenía que moverse. Fue, sí, un gran reformador, no más que un profeta desarmado que predicaba la vuelta a Cristo en medio de un mar de corrupciones.

SAVONAROLA Y MACCHIAVELLI

Macchiavelli contaba 29 años cuando Savonarola era llevado a la muerte; Macchiavelli sí fue un político. Macchiavelli miraba el éxito, Savonarola al bien. Macchiavelli admiraba a los Borgia porque eran capaces de éxito, sin tener cuidado de los medios, con tal que sirvieran al fin en el realismo público del "arte de lo posible". Admiraba a César Borgia y lo tiene en cuenta en su *Príncipe*, a pesar de sus crímenes —no excluido el del marido de su propia hermana Lucrecia.—La utopía política de Macchiavelli era substancialmente la de Alejandro V, inmoral o, por lo menos, amoral; el *Trattato sul regimento di Firenze* de Savonarola, cuya conclusión es que son los propios pueblos los que acaban reduciendo el Estado a la medida que merecen, será siempre más válida. Savonarola veía la posibilidad de autonomía de lo temporal si se basaba en la reforma moral de ciudadanos y gobernantes, en el deseo sincero del bien común, en la concordia y en la verdadera justicia; Macchiavelli secularizaba lo temporal sin limitar, cuando fuese políticamente necesario (?), la acción del príncipe "contra su propia fe, contra las virtudes de humanidad y caridad y aún contra la religión" —supuesto que tenga una, apostillaba Napoleón—. Pero la historia demuestra que precisamente este proceder ha conducido a la ruina no sólo del Estado sino también del príncipe.

Savonarola fue siempre constante en sus afirmaciones y en su conducta; Macchiavelli vivió en continua contradicción: republicano perseguido durante el dominio de los Médicis, partidario de éstos cuando la República se restauraba, parecía la encarnación de los contrastes de la sociedad de su tiempo, ora despreocupada gozando del jolgorio que le organizaban los Médicis esplendorosos, ora pietista y compungida ante las predicaciones de Savonarola.

Sobre el regimiento de lo temporal, Macchiavelli tiene el mérito de la sinceridad que nos dice cómo son y cómo proceden los que las manejan y, por lo tanto, cómo ha de proceder el que quiera aquí mismo, un triunfo; Savonarola no busca un triunfo terreno como fin, porque este fin no puede existir. Exigiendo más es más realista: hay que hacer posible, cada vez más, la verdad, el bien y la justicia, por medio de una continua conversión a Dios, sumo bien y suma verdad. Para Macchiavelli "lo posible" es lo único bueno, justo y verdadero en el orden terreno.

Pero todas sus indagaciones por los laberintos de la historia y sus experiencias de la vida política, no le proporcionaron el consuelo de verse reconocido, en vida, mérito alguno, no obstante haber sido, sin discusión, el mejor prosista del Renacimiento, y haber deseado, también él, mejores días para Florencia y para Italia.

SAVONAROLA REFORMADOR

Savonarola había nacido en Ferrara el 21 de septiembre de 1452; después de una buena educación humanística y cristiana, decidió entrar en la orden de Santo

Domingo, cuando estaba a punto de cumplir los veintitrés años. Más tarde (1482) fue transferido a Florencia, como profesor de los estudiantes de su misma orden. El convento florentino de San Marco era ya famoso por su gran biblioteca, por sus pinturas artísticas, y considerado como un centro de ciencia teológica y humanística. Pero Savonarola, a quienes sus superiores ya habían descubierto un talento singular, impresionaba a sus alumnos por la especial importancia que daba a la interpretación de la Sagrada Escritura, superando, aún conociéndolas y pudiéndolas discutir, todas las sutilezas neoplatónicas que algunos gustaban mezclar como exponente de erudición, incluso en la predicación, salpicada de alusiones de Platón, de Aristóteles e incluso de Ovidio. Estudio y predicación sin influencia alguna sobre la vida, substancialmente académica y, por esto mismo, amparada y subveccionada por los grandes señores. Era una decoración más del humanismo en moda. "Cuando él se ponía a interpretar místicamente la Sagrada Escritura, dice uno de sus alumnos, sus conceptos no eran ideas meramente humanas, sus expresiones no eran producto del arte retórico, sino efecto de un ser superior. Mientras hablaba de los libros santos todo el mundo estaba tan absorto escuchándole, que el silencio era absoluto y se podía percibir, únicamente, su voz, por mucha que fuese la afluencia de los asistentes. Una sola cosa entristecía al auditorio, y era el fin de la lección, pues tanto era el placer que daba oírlo. Y había razón para ello porque sus enseñanzas no eran de aquellas construídas a base de frases brillantes y de fábulas que solamente sirven para el deleite del oído, o basada en argumentos científicos y humanos que pueden sólo hinchar la inteligencia pero no alimentarla, sino que era una doctrina como bajada del cielo, que elevaba la mente de los hombres y les hacía descubrir la excelencia del creador y, purificando el corazón de pasiones humanas, les encendía en amor a Dios". Así decía Roberto Ubaldini.

Era una predicación nueva, que volvía a la genuinidad evangélica. Una predicación que San Felipe, en su Oratorio, impondría en contra de la corriente ampulosa, estéril y mundana que también encontraría en Roma.

Cuando fue elegido prior de San Marco, emprendió la reforma del convento, dejando siempre en libertad a sus hermanos de comunidad, para que le siguieran en sus ideas de reforma y vuelta estricta a la austeridad primitiva; nadie fue coaccionado y la mayoría le secundaron. La ejemplaridad de la vida de apostolado, oración y estudio de los frailes dominicos en San Marco, eran una fuerza moral que respaldaba todo su influjo en la ciudad. Nadie jamás dejó de reconocer la integridad de la vida de Savonarola, a pesar de lo que esto doliera a sus enemigos que, no pudiéndole culpar de nada más, finalmente le acusaron de orgulloso y sospechoso de heregía. Pero, después de su muerte, al ser examinada con todo rigor la totalidad de sus escritos, por una comisión teológica nombrada por Pablo IV, hubo de reconocerse que nada había en sus palabras de "herético o cismático". Fue en 1558, cuando San Felipe arrobado en éxtasis, anticipaba a los dominicos de la Minerva de Roma, que finalmente Savonarola quedaba rehabilitado de manera solemne.

En aquella época en que, desde el papado hasta el más bajo nivel de la Igle-

sia, todos los cristianos tenían necesidad de reforma y conversión, tanto para superar la esclerosis de lo antiguo que se desmoronaba y que no era reparable sin un rejuvenecimiento interior, basado en la sinceridad evangélica, como para ofrecer una interpretación de novedad cristiana a un mundo que amanecía entre convulsiones provocadas por la gran variedad de descubrimientos que, dadas las dimensiones de la humanidad, resultaban colosales, la actitud de Savonarola en Florencia, y su intento de total renovación cristiana de la ciudad era natural que tropezase con la oposición de todos los que apegados a su propia posición e intereses usaban el poder de que disponían para asegurar su miope y perezosa seguridad solamente terrena. Aunque es preciso reconocer, que no todos los que se opusieron al fraile de San Marco obraron de mala fe: la ambigüedad religioso-temporal acumulada a la figura histórica de la Iglesia de aquellos tiempos, daba sobrado pie para ello, y no todos eran, o querían ser, capaces de mirar más allá, hasta purificar su fe de las confusiones externas que la obstaculizaban. Ni todos los que le eran adictos comprendieron bien y siempre su espíritu, como ocurre en los casos de las adhesiones multitudinarias. Por eso hay en la vida interior de Savonarola una lucha espiritual entre su soledad de alma y Cristo, con todo un calvario interior que nos lo descubre profundamente humano.

No todos podían tener, del bando que fuesen, la necesaria serenidad interior frente a la verdad que hay que aceptar generosamente, aunque comprometa la vida, ni la intuición clarividente de los momentos que atravesaban y de su proyección hacia el futuro. Porque los reformadores, a pesar de invocar el regreso a la autenticidad primigenia restauradora, lo que hacen, en realidad, es anticiparse a la misma evolución histórica, empujándola, acelerándola con el celo irresistible de un bien que se sienten necesariamente impelidos a comunicar.

SAVONAROLA Y SAN FELIPE

Savonarola fue una de las figuras más admiradas por San Felipe. En la vida de San Felipe, el fraile de San Marco, es un recuerdo de Florencia que le acompaña siempre, como un rumor de aguas de río, de aquel río que le había sido sepultura, pero que no cesaba de caminar hacia el mar de ancho infinito. Las vidas de los hombres también "son como los ríos", mientras caminan, y mientras iluminan. Savonarola era una luz en el camino joven de San Felipe. Luz que algunos discutían o que habrían querido ocultar debajo de algún celemín, pero que otros —muchos— sobre todo en Florencia, recordaban e incluso seguían: San Felipe pudo ser testigo de aquel purificado intento restaurador de la República florentina, inspirado en el espíritu perviviente de Savonarola, cuando el entusiasmo de todo el pueblo se unía en noble afán de libertad cívica y cristiana, como si quisiera reparar el haber consentido, en medio del gran desconcierto de excomuniones y amenazas, la injusta muerte de su profeta; pero fue todo una realidad fugaz ante la prepotencia despótica de la fuerza, que hacía burla de la verdad, de la justicia y de la honradez.

San Felipe abandonó Florencia, llevando consigo la tristeza de aquel recuerdo, unido al de sus visitas a San Marco, relicario de las pinturas de fra Angélico.

Tristezas de los recuerdos, que no le quitaban el amor a la Iglesia, que Savonarola también amó; pero que no le disuadían fácilmente de seguir aquella vida de libertad cristiana, lo más alejada posible de las instituciones, aunque fuesen de la Iglesia, y que, seguramente por eso, dudó mucho antes de hacerse sacerdote. Finalmente, a los treinta y seis años se ordenó, cuando la Iglesia-institución iba cambiando, aunque no por ello dejó de tener su parte de dificultades San Felipe, en especial durante los primeros tiempos de su apostolado y del Oratorio. Si bien ya se pueden considerar dificultades y persecuciones inevitables en el curso de la vida, dada la general mediocridad humana.

San Felipe se anticipó a poner una aureola de santo alrededor de la imagen de Savonarola, aunque sabemos de otros santos que tenían de Savonarola el mismo concepto, como santa Catalina de Ricci y santa Magdalena dei Pazzi.

Cuando repasamos los consejos que San Felipe daba respecto a la forma de predicación en el Oratorio, nos parece que reproduce el estilo savonaroliano. Y lo mismo cuando aconseja tener a diario un caso de Sagrada Escritura o de moral, y cuando habla del espíritu de oración, y cuando desprecia el cardenalato, y cuando ama a la juventud; porque esta predilección fue típicamente del fraile dominico, que llegó a organizar o a reunir para el bien y la sana alegría a toda la juventud de la ciudad de Florencia. Savonarola defendió a la juventud de sus corruptores, fomentó la alegría juvenil limpia y bulliciosa, pidió para ella "maestros buenos, no sólo buscadores de dinero" con su oficio. Savonarola escribía tratados de filosofía, de Sagrada Escritura, de moral, pero era además poeta y no mal poeta; y era músico y buen músico —desde joven tocaba con singular maestría el laúd, capaz incluso de improvisar sentidas melodías—. No hace falta recordar que también era poeta San Felipe, ni la importancia que él daba a la música —buena música— en el Oratorio: Aminuccia, Palestrina, Soto, hijos espirituales de San Felipe, las composiciones de los *Laudi*, la invención del *Oratorio* musical, bastarían sobradamente a demostrarlo.

Y el arte. Algunos han querido presentar a Savonarola como un iconoclasta; lo cual no es cierto, como podrían desmentirlo Botticelli, Michelángelo, los hermanos della Robbia, Bartolomeo della Porta, y otros discípulos suyos, también artistas, aunque no tan notables. Lo cual no quiere decir que fuese partidario de la pornografía, ni del libertinaje en la vida de los artistas. Las artes, junto con la ciencia y la virtud, se cultivaban en el convento de San Marco. Y existe una razón de persuasiva congruencia: si Savonarola llegó a querer Florencia, a pesar de ser forastero, con una entrega tan radical, tenía que hacerlo, forzosamente, a través de un corazón de artista, sin lo cual ni la habría llegado jamás a comprender ni poder amar: "*O Firenze, Firenze... Oh Florencia, amada de Dios, no tengas miedo, no tengas miedo ni temas: Dios todopoderoso ahora y siempre quiere para tí la libertad, si te mantienes fiel a él, si guardas tu fe, si tu oración es fervorosa, si pones tu fortaleza en la paciencia*".

San Felipe en Roma, también, siendo forastero, acabó identificándose con ella, y no por consentir en las corrupciones que encontró allí, arrugando la faz de la Iglesia, sino esforzándose en restaurarla, para hacerla digna de Cristo.

No hay, entre San Felipe y Savonarola, una adecuación de temperamentos, pero sí una misma actitud frente al bien espiritual, frente a los objetivos, hasta poder establecer un paralelo convincente y de algún modo consciente, por lo que respecta a nuestro Santo.

Afortunadamente la Iglesia, necesitada de reforma, no había de tardar en emprenderla. Si Savonarola hubiese nacido cincuenta años más tarde, le encontraríamos al lado de San Felipe, de San Camilo de Lelli, de San Félix de Cantalizio, de San Carlos Borromeo, de San Pio V... Pero, tal vez, para que éstos y otros fueran santos, se necesitó la anticipación del ejemplo, sólo en apariencia frustrado, de fra Girolamo Savonarola, que ellos pudieron por lo menos en parte recoger y hacer fructífero.

UN "REVOLUCIONARIO" LLAMADO CRISTO

La atribución de "revolucionaria" a la figura de Cristo no es nueva, por más que, cada vez que se reproduce, suena a los oídos poco tranquilizadora, porque siempre depende del concepto que se dé a la palabra "revolución" y "revolucionario". Por lo tanto es o no es según se entienda. Muchas veces es todavía más revolucionaria de lo que podrían sospechar los mismos revolucionarios que la invocan como un precedente de sus exigencias o de sus aspiraciones, porque la figura de Cristo hay que tomarla en su totalidad, y no solamente en uno o varios aspectos que, separados del resto, puedan ser aptos para ilustrar una actitud cualquiera, incluso de justicia y de verdad. Lo único que ocurre es que, tomada extraída de su totalidad, ya no puede darnos la razón de nada, porque sería solamente razón a medias. Cristo no puede ser dividido.

Si por revolución se entiende una fuerza transformadora y rápida para el bien, no hay inconveniente en aplicarla a Cristo, hecha la debida salvedad de excluir la violencia, que expresamente condenó. Cristo dijo "No con la espada" para todo lo que pueda tener relación con el reino de Dios, y nadie, jamás, encontrará en Cristo una espada para sí, y nadie, sin blasfemia, podrá tomar en nombre de Cristo espada alguna. Sólo el error y el pecado pueden haberlo hecho, no obstante la diáfana claridad de las palabras del Evangelio.

La verdadera revolución cristiana está en la conversión de corazón, no solamente en el plano individual, sino con toda la proyección social y comunitaria

de los hombres, sin lo cual, las simples yuxtaposiciones de pretendidas "conversiones" individuales no pasarían de ser formas más o menos sofisticadas de egoísmo espiritualista.

Ahora bien: ¿qué puede haber ocurrido en la vida de Cristo, o en sus palabras, que tantas veces se le haya calificado así por los que han pretendido unir violencia física y Evangelio? ¿Es posible la confusión de Cristo con los revolucionarios de su tiempo, judíos como él?

Sabemos que en la Palestina ocupada por los romanos existía un partido de colaboracionistas, los *saduceos*, al cual se oponían los que podrían calificarse como de la resistencia, llamados *celotes*. Si entre los dos partidos hemos de buscar analogías con las actitudes de Jesús, evidente que parece estar más cerca de los *celotes*, que no de los aprovechados que hacían el juego al colonizador romano, "grande" de aquellos tiempos: Cristo fue condenado por los romanos con un suplicio romano (la cruz) y con una motivación política ("Rey de los Judíos"); anunciaba un reino "próximo" (Mateo, 3,2; 4,17; Lucas 10,9); despreciaba al colaboracionista Herodes, la "zorra" (Lucas 13, 32) y se burlaba de los soberanos "benefactores" (Lucas 22, 25); entre los doce apóstoles uno, Simón, había sido *celota* (Lucas, 6, 15), y tal vez lo fueron también Pedro y Judas Iscariote; la purificación del templo y la entrada en Jerusalén, el episodio de las espadas (Lucas, 22, 36-38) y el hecho de que algunos discípulos llevaban algunas (Lucas, 22, 49), lo indican.

Sin embargo, también existen detalles contrarios a los *celotas*: la frecuencia con que se refiere a la no-violencia; la disposición de no resistir al mal; el amor a los enemigos; el mandato de no emplear la espada (Mateo, 26, 52); la fidelidad a la ley; el trato amigable con los publicanos; las continuas alusiones escatológicas.

Esta aparente contradicción puede superarse solamente si se tiene en cuenta la esperanza central que dominaba toda la predicación de Jesús: un reino futuro que está por llegar. La esperanza en este reino es la base para una crítica radical de todas las instituciones mundanas, en cuanto pertenecen a un orden que pasará sin dejar rastro tras de sí. Se refiere, también frente a la esperanza del reino de Dios, a las injusticias de los ricos, a la vanidad de los soberbios a la fatuidad de los poderosos. Pero la transformación que Cristo propone no se basa en el uso de la fuerza física, sino de la predicación, del anuncio del bien y de la denuncia del mal, para la conversión. Cristo está tan distante de la oposición violenta como de la aceptación sin crítica. No es, en este sentido, ni un colaboracionista, como podían serlo los ambiciosos y los sobornables, ni es un revolucionario en el sentido violento y material. Aunque, precisamente por esto, es más revolucionario. Queda más fijado lo que implanta la fuerza del espíritu, que lo que impone la espada: "Quien a hierro mata, a hierro muere"; la violencia es desplazada por otra violencia: el espíritu jamás.

Es verdad que, demasiadas veces, el vigor espiritual contenido en el anuncio del Evangelio se ha falseado como si se destinara a latitudes extra-históricas;

es verdad que los hombres sin verdadera fe han confiado que el Evangelio podía reducirse a un entretenimiento interior o desplazable frente a la vida real. Pero todas estas alteraciones o falseamientos no pueden anular la fuerza de la palabra de Dios contenida en el Evangelio que es espiritual, no por desplazada de la vida, sino por más profunda y más exigente para quien, con verdadera fe la acepte y se sienta comprometida por ella. Aquí están los mártires, no sólo de los lejanos siglos de la iniciación del Cristianismo, sino de todos los tiempos y también de los nuestros; aquí están todas las represiones, cárceles, denigraciones, censuras, dificultades y persecuciones que han acompañado siempre la labor de la Iglesia y de todo predicador del Evangelio que, como diría todavía San Pablo (Romanos, 1, 16) "no se avergüence de predicarlo, por que es una fuerza de Dios para la liberación de todo el que crea; porque en él se manifiesta la justicia de Dios, para que el justo viva de la fe".

Lo verdaderamente revolucionario es vivir de esta fe y esforzarse por no olvidar todas sus exigencias. Cristo predicó y exigió esta fe: en este aspecto es el máximo revolucionario.

EN LA CARCEL POR DECIR "NO" A LA GUERRA DEL VIETNAM

Es posible que nuestros lectores hayan oído hablar de los hermanos Berri-gan, Philip y Daniel, ambos sacerdotes—josefita y jesuíta, respectivamente—, que están en la cárcel, en Estados Unidos, por oponerse a la guerra, donde cumplen una condena de varios años de cárcel. Recientemente, una revista cristiana de Italia—IL REGNO, febrero de 1971—ha publicado una extensa carta de los dos sacerdotes, que nos agradecería reproducir íntegramente, pero de la que ofrecemos el ejemplo de unos párrafos para guardar proporción con la medida de nuestras páginas. Dicen así:

Estamos en la cárcel, porque no hemos querido permanecer ni mudos ni pasivos ante la patología puritana del poder que sirve de orientación a nuestro país y que domina a la mitad del mundo, que consume vergonzosamente recursos y personas, mientras descuida la solución de problemas como el racismo, la pobreza, la explotación extranjera y la guerra. Nos ha parecido ante esto que los hombres libres, si realmente no renuncian a serlo, no pueden permanecer en la mudez, ni limitarse a confesar que se consideran incapaces para poder hacer algo.

Hemos hablado francamente, hemos cometido actos de desobediencia civil y nos han llevado a la cárcel, porque denunciábamos que lo que llamamos nuestra paz no es más que una paz insensata y precaria, apoyada en armas,

cuya fabricación y perfeccionamiento continuo cuestan billones de dólares; armas que cada vez resultan más inútiles según va en aumento el ritmo de su potencia destructora. Con este dinero se habría podido dar remedio total al hambre que padece la humanidad entera en nuestro tiempo, cuando resulta que la mitad de los niños del mundo han de acostarse, cada día, con hambre no calmada; cuando millones de estos niños están, además, faltados del mínimo indispensable de proteínas con lo cual están fatalmente destinados al retraso biológico e incluso intelectual, es decir a la miseria y al subdesarrollo.

Desde el año 1946 hemos gastado un trillón de dólares (1) para la guerra hasta hacer del odio y de los conflictos una preocupación que no atañe únicamente a nosotros, sino a todas las naciones. En cambio no hemos querido construir la paz combatiendo las injusticias como son la escasez de alimentos, las enfermedades, el analfabetismo, la esclavitud política y económica. Y hemos llegado a esta triste realidad como consecuencia del liderazgo que mantenemos en el mundo: el setenta por ciento de las naciones o están abiertamente en guerra o se preparan seriamente para su eventualidad.

Para continuar siendo próspera, América afea su propio campo, ensucia el aire y el agua hasta convertir en inhabitables sus ciudades y, no satisfecha, como última ironía, contamina los océanos con las excedencias de los planes de seguridad, como son esas 10.000 bombas de gas nervioso echadas al mar en envases frágiles y vulnerables.

Por nuestra parte, aquello por lo cual luchamos y arriesgamos nuestras vidas, es una teología de la esperanza, que afirma con pleno optimismo que el hombre ha sido renovado por Cristo, para que pueda usar de manera responsable de la propia libertad, para construir un mundo que no sea víctima de las maldiciones que hoy tienen el nombre de guerra, hambre y explotación. Pero la esperanza es como la libertad: es necesario crearla y es necesario combatir para que se realice. La esperanza, además, una vez suscitada y defendida, conduce inevitablemente a la revolución no violenta, que para conservarse vital debe ser continuamente renovada.

Una teología de la esperanza conduce necesariamente a lo concreto, como ocurrió con las palabras duras que asustaron y alejaron a tantos seguidores fáciles del Señor. Por ejemplo, es de sentimiento común que, no obstante una catástrofe internacional o una guerra termonuclear, los Mellon, los Krupp, los Rockefeller, los Hunt, los Getty y los Dupont, y sus obras y pompas, permanecerán. Es una idea sobre la cual sería preciso reflexionar e interrogarse: por qué constituye un problema no el hecho de que sobrevivieran como simples hombres, sino que sobrevivieran como hombres a quienes la riqueza ha permitido controlar los destinos de los desgraciados y de los que en la tierra no tienen ningún poder.

(1) *En cifras, un trillón de dólares equivale, en pesetas, a: 70.000.000.000.000.000.000,—*

OBJETIVO, EL HOMBRE

En la conciencia del hombre ha existido siempre la gran tragedia de esta contradicción: que mientras descubría, cada vez más acusados, los perfiles de la dignidad humana, aparecía también el contraste entre la realidad tan discordante, todavía, con el ideal que la inteligencia iba perfeccionando, incapaz de impedir que el hombre siguiera considerado como objeto y no como objetivo. En los tiempos pasados existía pura y simplemente la vergüenza de la esclavitud; pero en los tiempos modernos, con otro nombre —porque la esclavitud quedaba abolida teóricamente en el siglo pasado— subsiste, con diversos matices, la explotación del hombre por el hombre.

La aparición del Cristianismo, hace dos milenios, representó un gran paso en la dignificación y, por lo tanto, liberación del hombre; porque el Cristianismo es esencialmente redención por medio de Cristo, Dios y hombre. Pero el Cristianismo no era una introducción automática de un remedio divino para los males de los hombres, sino la inserción de un fermento sobrenatural en la naturaleza creada, que ésta —racional en el hombre— tendría que aceptar y secundar, por medio de la fe.

Dios ha llegado siempre pronto al mundo; aunque los hombres, para justificar nuestras inhibiciones y egoísmo, estamos inclinados a juzgar que llega tarde. Ni empezó con el advenimiento de Cristo, ni terminó con él. Por esto quedan tantas cosas de las mismas que Cristo encontró, de las mismas que Cristo denunció y que hay que seguir denunciando, aunque los nombres se hayan cambiado.

Si algún error verdaderamente craso han cometido y cometen las grandes cantidades de hombres supuestamente cristianos, es que imaginan la obra de Cristo como algo que cristalizó definitivamente hace ya mucho tiempo, dejando para luego y para cada uno, según el ritmo con que aparezcan en el mundo, una recortada tarea higiénica de moral personal, porque lo demás ya rula por su cuenta, o es ajeno al reino de Dios. Este error es imputable a la ignorancia e imperfecciones humanas y al interés es fomentarlo de los logreros de la humanidad, a través de las deformaciones cristianas —falsamente "cristianas"— que han distraído religiosamente a los hombres.

Con lo cual no podemos negar que el Cristianismo trajo a los hombres un nuevo sentido moral para la vida. Pero es preciso reconocer que, en el desenvolvimiento de la existencia de la humanidad, el progreso del sentido moral del

hombre avanza a un ritmo inferior al del progreso técnico; e, incluso, que los conceptos intelectuales van siempre más adelante que las conductas éticas, por lo cual es inevitable que se dé un desnivel constante entre los adelantos técnicos, o las especulaciones filosóficas, y las acciones humanas.

La raíz de la angustia del hombre moderno se puede explicar por la conciencia agudizada de esta contradicción. Cuanto mayor es la conciencia que el hombre adquiere de su valor, más lamentable le parece este desnivel entre la idea y la realidad, sin que, por otra parte, disminuya la acuciante urgencia de convertir en acción la especulación ideológica, mientras se mantenga el deseo de no traicionar la propia dignidad.

De modo absoluto, total, la contradicción se ha superado en Cristo, y a él se aproximan todos los que, mirándole, intentan identificar su vida con la suya. Este intento es la renovación del hombre —principio de resurrección— cara a Dios. Pero no es el olvido del hombre so pretexto de pensar en Dios, como quisieran todos los enajenadores, hábiles en descubrir motivaciones sublimes —pseudoespirituales— que colapsen el progreso de la creación, también divina, con el fin de alejar a otros hombres de su participación y tenerles más fácilmente sometidos de modo que no impidan el dominio de unos pocos sobre lo mucho de las cosas materiales.

El Cristianismo tiende a la renovación, a la restauración, a la nivelación de todas las cosas en Cristo, por medio de la fuerza que arranca de él, y que conocemos con el nombre de gracia; que es sobrenatural, pero no antinatural; que trasciende la naturaleza, pero que no la destruye; que inmortaliza para la verdadera Vida, pero que no abandona ni maldice, sino que se apoya y parte desde "esta vida", que ya pertenece a Dios. La reproducción misteriosa de la vida de Cristo en todos los hombres, tanto si se toman individualmente como en todo su conjunto, hasta la "formación del Cristo total", universal, cósmico, es lo que ha de ser el reino de Dios. Reino que no excluye, sino que integra.

Quedan rastros de un falso espiritualismo angelizante, sentimental a lo sumo, pero enajenador y paralizador para la vida; y hasta queda una cierta carga individualista y moralizante, que son en realidad actitudes sectarias frustradoras de la totalidad de la redención, de la liberación humana. Actitudes peligrosas porque no se presentan como antagónicas al Cristianismo, sino como esencialización de su vigor y de sus exigencias, y así mucho más engañosas. También hay que liberarse de estas falsas actitudes "cristianas" cuando honradamente el hombre mire a Cristo y lo incorpore por el Bautismo entendido como algo más que un rito mágico y sociológico. Por que estamos en una sociedad que se llama a sí misma, precipitadamente "cristiana", pero que todavía mantiene una fuerte impregnación pagana, en la que el Cristianismo es utilizado como los paganos utilizaban sus divinidades, que les servían para exaltación simbólica de sus pasiones, o calmantes de sus miedos, o personificación creada de sus codicias y venganzas; es decir, como recurso complementario e intrascendente, externamente justificador, pero no santificante; decorativo, pero no

transformador, que es precisamente el lado temible que se quiere evitar, o por lo menos frenar y controlar desde el lado del paganismo perviviente, que teme ser desplazado, y que en realidad lo irá siendo cada vez más, poco a poco, por medio del progreso de la lucidez cristiana y en paz, o por la violencia de los oprimidos, hasta que el hombre, de objeto, pase a objetivo. Objetivo pretendido con el esfuerzo solidario de todos, para la total renovación de la humanidad.

El hombre considerado como objetivo es la base imprescindible para el reino de Dios. Por esto la misión de la Iglesia, como declaraba Juan XXIII, no puede desentenderse, sino que es coincidente con la defensa de la dignidad y de los derechos de la persona humana, cuya máxima representación está en Cristo resucitado, ejemplo y meta de toda promoción, de toda transformación, de toda liberación, de toda redención verdadera y completa.

Tanto Newman como san Felipe, preferían el trabajo apostólico por medio de la relación e influjo personal, mejor que con un sistema organizativo. En la actualidad tenemos necesidad de recordar el espíritu de San Felipe y de Newman, cuando vemos a tanta gente que habla y escribe como si todo fuese cuestión de organización. La Iglesia es más que un ejército; es el cuerpo vivo de Cristo, vivificado por el Espíritu Santo, y debe actuar de acuerdo con el Espíritu. Organización, sistemas y leyes, tienen su lugar y su propia importancia, pero una importancia subordinada, de modo que no impida la acción del Espíritu Santo en nosotros.

P. Charles Stephen Dessain, C. O.

Miércoles día 26 de Mayo
FIESTA
DE
NUESTRO SANTO PADRE
FELIPE NERI

*Con nuestros hermanos y amigos
honraremos a nuestro Santo
en la Misa de las 8,30 de la tarde*

LAUS DEO